

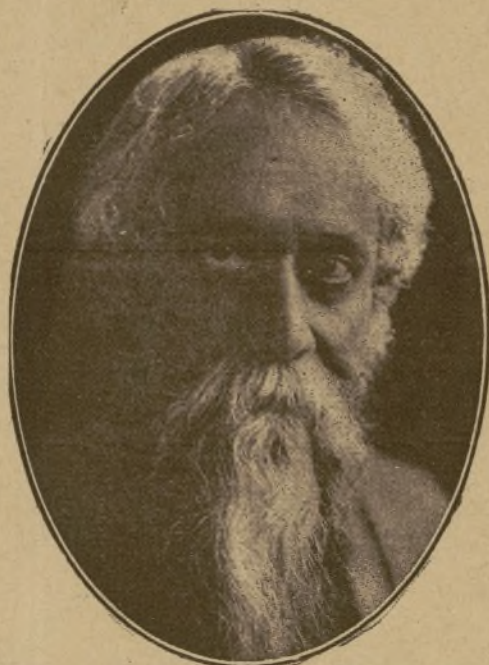
47

Los CIEGOS



HEMEROTECA
MUNICIPAL

REVISTA MENSUAL
AL TYFLOFILA HIS-
PANO AMERICANA



RABINDRANATH TAGORE



SUMARIO

Política del trabajo: D. Juan de la Cierva y los ciegos.—Nuevo oficio accesible a los ciegos, por LIEUTENANT RENAUX.—La ciega del jardín (poesía), por RABINDRANATH TAGORE.—La ciega guía de las catacumbas de Roma, por REMEDIOS DE SELVA Y TORRE.—Asilo amparo de Santa Lucía para ciegas, de Barcelona.—La música y los ciegos, por F. KRYTHERSEN.—Ojos (cuento), por RABINDRANATH TAGORE.—El músico ciego (novela), por WLADIMIRO KOROLENKO.— Varias
" " " " " " fotografías. " " " " " "

50 CÉNTIMOS

Ayuntamiento de Madrid ABRIL 1921

LA VENECIANA

MARCA REGISTRADA

Dirección telegráfica:

Paraíso = Zaragoza

Teléfono 105, 106 y 107

FABRICA DE LUNAS Y ESPEJOS VIDRIERAS ARTISTICAS

Decoración de Cristal y Vidrios por todos los procedimientos conocidos.

ZARAGOZA

Fábrica: CASTILLO, número 271.

Apartado de Correos número 50.

Sucursal: D. ALFONSO I, 32.

La experiencia demuestra que los chocolates y dulces

MATIAS LOPEZ

SON LOS MEJORES DEL MUNDO

Pedidlos en todos los Ultramarinos y Confiterías

DE INTERÉS GENERAL

Todo el mundo puede ir decentemente vestido y tener su casa confortablemente amueblada, comprando a PLAZOS en los grandiosos y bien surtidos almacenes que

FÉLIX GÓMEZ

tiene abierto al público en la calle

CONDE DE ROMANONES, 3 Y 5, BAJO

Camas -- Muebles -- Sastrería -- Tejidos -- Relojes - Zapatería
Mantones -- Gramófonos.

A PLAZOS

TELÉFONO 22-91

A PLAZOS

Museo Tyflológico:

Biblioteca,

Arte,

Biografías,

Instituciones,

Datos,

Material Pedagógico,

Editorial Hispano Americana.

Ediciones de Obras

en tinta y en puntos

Braille.

Sección de Estadística;

Sección de Divulgación,

Sección de Higiene y Profilaxia,

Sección de orientación profesional,

Sección de Estudios.

Sección Comercial.

(Fabricación

y venta de

de toda clase de

aparatos y

objetos espe-

ciales para

usos de los Ciegos.

CASA DE LA LUZ Y DEL TRABAJO

detalles sobre los medios que usted puede utilizar trabajando para poder ganar lo suficiente con que cubrir sus necesidades. Todo esto puede usted solicitarlo de esta Administración sin que por ello tenga usted que pagar cantidad alguna.

Usted debe contribuir a esta labor social; usted debe proteger a los ciegos, evitándoles el tener que recurrir al duro trance de pedir limosna, suscribiéndose a esta revista, leyéndola con interés, secundando sus iniciativas, contribuyendo a su divulga-

25.000 CIEGOS MENDIGOS

ción, recabando la suscripción de sus amistades. No olvide usted que con este pequeño sacrificio puede colaborar poderosamente a la realización de una de las obras más humanitarias y patrióticas: la de redimir a todos los ciegos de España.

ECZEMAS
GRANOS



FLORALIA

además de las finísimas creaciones

“Flores del Campo”

que por su fragancia e higiene han alcanzado fama mundial, posee la exclusiva con la Excelentísima Sra. Marquesa de Perinat, Propietarios del famoso manantial de Archena, para la fabricación del maravilloso

JABON-SALES DE ARCHENA

Específico incomparable para evitar y curar toda clase de afecciones cutáneas.

Gran Diploma de Honor en el tercer Congreso de Sanidad.

ROJECE

LOS REYES DE LA MODA



SASTRERIA

Jaime y Galindo

DIRECTOR GERENTE

ALFONSO GONZALEZ

Antiguo cortador de Moises Sáncha

LOS SEÑORES QUE DESEEN VESTIR ELEGANTE
Y BARATO VISITEN ESTA CASA

:: ESPECIALIDAD EN UNIFORMES DE TODAS CLASES ::

10, CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10.

Ayuntamiento de Madrid



Los CIEGOS

REVISTA MENSUAL
ALTYFLOFILA HISPANO AMERICANA

DIRECTOR-FUNDADOR
ANTONIO LAS HERAS HERVAS

REDACCION Y ADMINISTRACION
ESPEJO, NÚM. 6.-TELEF. 2001-M

AÑO VI.—Número 47

SUSCRIPCION ANUAL

España, 5 ptas.—Extranjero, 10 ptas.

Madrid, Abril 1921

POLITICA DEL TRABAJO

DON JUAN DE LA CIERVA Y LOS CIEGOS

Cumpliendo con nuestro deber de poner en conocimiento de los altos directores, conforme se van sucediendo las situaciones políticas, los términos y las modernas orientaciones del problema social, por el que venimos luchando, visitamos al actual Ministro de Fomento, Excmo. Sr. D. Juan de la Cierva y Peñafiel, y le expusimos lo que a todos: Que hay más de *veinticinco mil ciegos*, que abandonados mendigan en España. Que no se hace por preveer la ceguera en la multitud de casos en que es perfectamente evitables. Que no se sabe educar a los ciegos. Que como se les cree inútiles no se les organiza para el trabajo. Que no se les protege adecuadamente, y que sobre todo,

lo relacionado con la ceguera, hay en nuestro país una gran ignorancia y un gran atraso.

El Sr. La Cierva, nos escuchó muy atentamente y nos dijo: Conozco este asunto porque me interesó sentimentalmente y lo estudié cuando fui Ministro de Instrucción Pública. Tenía un plan y no lo pude llevar a efecto porque llegó antes la hora de abandonar aquel Ministerio.

Creo ante todo que los ciegos pueden ser útiles y conozco como se les educa profesionalmente en el extranjero.

Por circunstancias especiales que rodean a esta labor, debe ser realizada por el Estado o por lo menos muy protegida interve-

nida por él. Así se hace en Norte América, en Inglaterra y en Alemania, en donde la educación y el trabajo de los ciegos tienen una gran importancia y han llegado a una gran perfección.

Conozco también la labor, que sin medios económicos y sin la debida protección oficial, ha iniciado la *Casa de la Luz y del Trabajo*, de aquí.

Es este un problema, además de justo y patriótico, de una enorme emoción, llevar el bienestar a todos los miles de ciegos que trágicos y abandonados mendigan por nuestra patria.

Yo prometo a ustedes mi preocupación sincera por este problema de dolor y de miseria, y vamos a ver si de este Ministerio damos a la *Casa de la Luz y del Trabajo* medios económicos para que se organice plenamente, aunque sea dentro de límites reducidos, se funden las sucursales de Valencia, Barcelona y Zaragoza, que el Sr. Las Heras dejó planeadas en su último viaje de propaganda por aquellas regiones.

Me estoy ocupando de ver la forma para inaugurar la primera Granja Agrícola para ciegos, como las que tan admirablemente funcionan en el extranjero, tengo conocimiento de los interesantes trabajos realizados en la Agricultura, por los ciegos, en los Estados Unidos. Por ahora, y forzando mucho las cosas, no podré hacer más, pero si las circunstancias y el tiempo me lo permiten, es mi propósito el que en cada población importante de España, exista una Casa de trabajo en la que los ciegos puedan encontrar un modesto vivir, sin tener que recurrir a la mendicidad.

Nosotros quedamos alegremente extrañados al ver que habíamos tropezado con un Ministro conocedor de estas cuestiones y

con la voluntad dispuesta para resolverlas.

¿Será el Sr. La Cierva el político defensor de los ciegos de España?

Porque si el Sr. La Cierva deja iniciada en el Ministerio de Fomento esta política de protección, y aprovechamiento de las inutilidades parciales, y funcionando cinco *Casas de trabajo*, entre ellas, una *Colonia agrícola*, la labor estará definitivamente iniciada y podrá proclamarse por toda España, con la fuerza invencible de lo experimentado y de lo sancionado oficialmente.

Además, este gran paso supondrá el abrir en nuestra Patria un nuevo horizonte a los problemas relacionados con el pauperismo nacional. Será inaugurar la política del aprovechamiento máximo de las posibles utilidades, encauzando en parte la enorme caridad española hacia derroteros más justos y eficaces.

Los ciegos, principales factores de este problema, de esfuerzo, de educación y de trabajo, llenos de reconocimiento no podrán ofrecer al Sr. La Cierva, una fuerza política ni un peligro, ellos exhombres que viven hoy al margen de la vida y que mañana pueden ser engranados dignamente a la Sociedad por la férrea mano de un estadista que les prestó su corazón, pueden servir, como en la parábola divina, para proclamar dentro y fuera de España al hombre de Estado que supo transformar las cosas llegando a hacer de ciegos abandonados y mendigos, hombres útiles y felices.

Con la amabilidad y cortesía que le distingue fuimos despedidos por el Sr. La Cierva, y llenos de optimismo consignamos estas interesantes declaraciones, que puestas en boca de un hombre de la voluntad y rectitud de este político, son la mejor garantía de su pronta realización.

Nuevo oficio accesible a los ciegos

No se trata esta vez, hablando con propiedad, de un oficio que se ofrece por primera vez a los ciegos; desde hace algún tiempo hemos hablado a nuestros lectores de la notable actividad desarrollada en la profesión de ebanista de ciertos ciegos de nacimiento, particularmente Claudius Demonct. Estamos persuadidos que como ha sucedido en el pasado, estos casos serán en el porvenir sin considerarlos excepcionales. Aquí solo se trata de un fenómeno de reeducación limitada únicamente al ejercicio de ebanista por los ciegos, lo cual ofrece a los psicólogos un asunto de estudio muy interesante.

Una circunstancia fortuita ha favorecido entre nosotros la reeducación de los ebanistas: un obrero ebanista de una habilidad e inteligencia notable. Mr. Gustave Truy, habiendo perdido gloriosamente la vista al principio de la guerra, con sorpresa de todos volvió al ejercicio de su profesión con una rapidez increíble. Gracias a una mujer de corazón Mme. David Weills, no se ha perdido este ejemplo. En su taller de la calle de Durance, se han reeducado los ebanistas que han perdido la vista durante la guerra, en dicho taller fué encargado Truy de servir de maestro a sus camaradas. Como él dice, gracias a Mme. David Weills al desinterés que ha demostrado ofreciendo los medios necesarios para el estudio, para la creación y fabricación del nuevo instrumental perfeccionando el que hoy utilizan los mutilados ciegos, pueden éstos ejercer prácticamente el oficio de ebanista.

El taller de reeducación de la calle de Durance se halla cerrado desde el 31 de diciembre de 1920 y Mr. Truy se ha instalado nuevamente de ebanista en su país, en los alrededores de Cambrai.

Naturalmente que el número de ebanistas ciegos es poco elevado: se cita cerca de una treintena, incluyendo artistas de oficios semejantes a la ebanistería, por ejemplo: 16 toneleros han sido reeducados en la calle de Durance. 15 ebanistas han respondido de buen grado a una información que hemos hecho, a ellos son debidas las indicaciones que a continuación exponemos.

La mayor parte de ellos conocieron la ebanistería antes de perder la vista; sin embargo algunos ignoraban totalmente este oficio antes de la ceguera, han emprendido su reeducación en esta dirección, habiendo llegado a obtener resultados satisfactorios y verdaderamente alentadores. No hay que creer por esto que la ebanistería es un oficio asequible a cualquier ciego: por el contrario, debe reservarse a individuos dotados de una inteligencia más que mediana.

Me ha confirmado en esta opinión la visita que he tenido el gusto de hacer a estos ebanistas ciegos; las explicaciones que me han dado en su pequeño taller del distrito de la Glacière, explicaciones que han apoyado en demostraciones prácticas, han sido una confirmación de los informes que por correspondencia me habían comunicado varios camaradas de provincia. Este ciego efectuaba el trabajo completamente sólo, sin que en ningún momento le ayudara nadie.

Lo mismo que la mayor parte de sus camaradas se ha especializado en la fabricación de mesas, aparadores, aparadores de cocina con dobles puertas y estantes, cómodas con cajones. Todos estos muebles son sencillos y sin adornos, pero de un trabajo fino y muy cuidado. El ebanista ciego, según pare-

ce debe limitarse a la fabricación de muebles nuevos, y siempre que sea posible a los trabajos en serio. Los trabajos de reparación deben rehuirse su ejecución es demasiado difícil y de resultados muy mediocres.

El ciego debe servirse de un comerciante de madera para que le suministre la que necesite.

Naturalmente la mercancía debe ser entregada en su taller. Es de una importancia capital que el ciego trate con un comerciante de conciencia que le provea con regularidad de madera excelente en calidad, sin defectos y sin nudos.

Los ebanistas ciegos emplean los mismos instrumentos que los que ven, solamente que se hallan dispuestos de manera que no se pueden herir cuando los manejan. La sierra, por ejemplo, es una sierra ordinaria, está fija en el sentido vertical, la hoja solo puede desplegarse en el sentido horizontal por un movimiento de vaivén. Cuando se quiere cortar una tabla de una longitud determinada se coloca la sierra sobre una especie de tablero adecuado situado debajo de la hoja y, perpendicularmente a la misma, una regleta graduada en centímetros según el sistema Braille, le permiten encontrar fácilmente la longitud deseada, y disponer la tabla sobre el tablero según la posición correspondiente a su longitud, ajustando un simple tornillo se inmoviliza completamente la tabla, después no hay nada más que accionar mecánicamente la sierra, y con una precisión matemática se obtiene una tabla de la longitud deseada para las demás herramientas, la disposición es casi idéntica; nada de peligro en el empleo de las herramientas y trabajo rigurosamente exacto. Con excepción del afilado de las sierras, el ciego se las prepara a sí mismo, las repasa con una muela dispuesta para él.

Hace el samblaje de las piezas, las encola si es preciso; para este trabajo se sirve de patrones que él mismo se fabrica, gracias a los cuales extiende la cola en los lugares deseados.

Para el cierre de los muebles el ciego pone tornillos, bisagras y botones. En una palabra, de su taller sale el mueble completo, que no será lujoso y de complicada ornamentación, pero lo menos que tendrá será un trabajo completo y cuidado. El tiempo necesario para la reeducación varía con los individuos. Un ciego que era ebanista antes de perder la vista apenas tardó seis meses en ponerse en condiciones para el trabajo; otros que eran grabadores o metalúrgicos, han tardado un año y hasta diez y ocho meses.

Los jornales son también muy variados, unos ganan de 6 a 7 francos y otros camaradas ciegos llegan hasta 15 francos.

Para la venta de sus productos, el ciego que se establece en un pueblo de provincia, tiene más dificultades que el que se establece en una ciudad de provincia. La venta de muebles a una almacén asegura al ciego un trabajo y una ganancia segura, si bien ésta, es misión en este género de ventas el almacenista tiene que tener un gran beneficio al revender la mercancía; por esta razón nunca insistiremos bastante en lo interesante que es para el ebanista ciego el suprimir todos los intermediarios en la venta de sus productos y crearse una clientela amiga.

LIEUTENANT RENAUX
(De Valentin Hatuy)

LA CIEGA DEL JARDÍN

por

Rabindranath Tagore.

Estaba yo un día en el jardín, cuando una

niña ciega vino y me dió una guirnalda de flores

en una hoja de loto. Colgué la guirnalda de mi

cuello, y se me saltaban las lágrimas.

Besé a la niña y le dije: Eres ciega lo

mismo que las flores, y no puedes ver ¡pobre! la

hermosura de tu regalo.

ZENOBIA CAMPRUBÍ DE JIMÉNEZ

(TRADUCTORA)



CECILIA, por K. SCHLEIBNER.

La ciega guía de las catacumbas de Roma

Año 302 de la era vulgar.

Ella es ciega: ciega de nacimiento.

Su padre es Dios: El que viste los lirios del campo. El que hermosea el heno que hoy es, y mañana ha de ser segado: El que alimenta a las aves...

Su madre es la iglesia Católica, de la que forma uno de sus bienes mostrencos: ésta es, la que sustenta a las ovejas del Buen Pastor.

Casi no recuerda a sus padres naturales: ellos fueron pobres: a Roma la trajeron cuando solo contaba cuatro años de edad, en cumplimiento de un voto hecho a los santos mártires Crisanto y Daria por su vida, durante una grave enfermedad que padeció siendo aun más pequeña.

A la puerta del *titulo* (iglesia del distrito parroquial) de Fasiola, la dejaron al cuidado de una mujer lisiada, mientras ellos entraron a orar a la capilla excavada sobre el lugar de sus sepulcros, más los gentiles, de orden del emperador tapiaron la entrada; encerrándolos allí con otros muchos fieles que fueron apedreados por el *luminare* (ventilador), de su primorosa bóveda hasta que con tierra acabaron de cegar el santo lugar, tumba de tantos cristianos, muertos por tan salvaje procedimiento.

Las personas que la cuidaron empezaron a llamarla *Ceoca* (ciega) y de su diminutivo cariñoso fué cambiando su nombre hasta darle el dulcísimo de aquella que rige los coros celestes en el empireo del Señor, Cecilia.

Toda Roma la conoce; Cecilia, la niña ciega, recorre toda la ciudad, libre y sin temor cual si fuera vidente.

Ella cuenta unos diez y seis o diez y siete años; es alta como airosa palma; blanca y sonrosada, de rubio y rizado cabello, dulce y grave en su compostura, y de una humildad profunda: sabe que es pobre, una mendigal, no le falta nada, pero tampoco admite nada que ella crea superfluo a su estado de indigencia.

Recibe su diaria comida de manos de una esclava, cristiana también, de una santa que

con ella comparte su ración de *pulmentum*, (potaje):—Mi corderilla, la dice, hoy te puedo proporcionar un rico manjar, mi señora se ha dignado obsequiarme con un delicado plato de su mesal...

—«No, dice la pobre niña: ¡yo ya como opíparamente todos los días: pobre nací y por diosera; Hágase la voluntad de Aquél que así lo quiere:

Yo no puedo tomar el alimento y el vestido del rico mientras no me falte el del pobre.

Así, tú haces en mí una obra de misericordia con tu caridad, y yo no me olvido de que solo soy una pobre ciega.

Prefiero hallarme con Lázaro a la puerta, que no con el rico a la mesa.

Tú me lavas los pies y manos, me peinas y me arreglas, tú eres un ángel, *mi dulcísima bienhechora*»

Duerme y se recoge en una noble, y más, santa casa, la casa de Inés...

Ella que con igual soltura que por las calles de Roma camina por entre los intrincados corredores de las catacumbas, fué designada para guía de los fieles que los visitan, o en ellas se reúnen para sus prácticas religiosas.

Convertida en singular Cicerone conduce por cualquiera de los sesenta cementerios a los sitios que la piden: conoce bien sus calles o corredores, sus aposentos, *criptas* o plazuelas, llamados *cubicula*, que generalmente encierran el sepulcro de algún mártir, sus iglesias, sin perderse en el sin número de galerías que se cruzan y cortan sin cesar: sabe bien el número de escalones de acceso a cada subterráneo y sabe los cementerios que cuentan dos, y aun tres de éstos.

Ella igual conduce al sepulcro de un mártir que explica, solo por el tacto, las inscripciones de las tumbas, los *arcosolium*, sepulcros con arcos, como define las simbólicas y mitológicas pinturas, a cuyo medio se ha recurrido para evitar profanaciones.

Cecilia rica en espíritu, aunque ella se cree

tan pobre, se ha convertido voluntariamente en báculo de un pobre anciano, *vé* la ciega que estaría imposibilitado si no tuviere un conductor, ¡un lazarillo de un videntel..., como ella es la más desocupada de la grey de Dios, según dice, a esta obra doblemente hermosa y edificante se consagra: le va a buscar a su casa, lo conduce al reparto de limosnas, y aunque él vé, sabe la traviesa muchacha depositar su parte de limosna en su bolsa de cáñamo que ella lleva, sin que el anciano se aperciba. La ciega lo conduce a las catacumbas como a otros muchos sitios, menos al puente Ariciano, lugar concurrido de mendigos y liados paganos.

Le distrae con su parlara alegría y le dice con ingenio: «Yo gozo de vuestros ojos, y tengo la satisfacción de sosteneros, y tras una alegre carcajada repite las palabras de Job: (1) «Yo fui un ojo para el ciego; este sois vos, y un pie para el cojo, este soy yo misma.

* *

Cuando la luz del alba rompía los lazos del manto de una noche, Cecilia fué preguntada:

—¿No tragiste tu guirnalda de flores?...

—No tengo flor ninguna que ofrecer a mi esposo, ni siquiera El las he traído para mí. No soy más que una pobre ciega. Las virtudes producen las flores yo no poseo ninguna... ¿Creeis Santo Padre que mi dulce desposado se ofenda si pretendo ser coronada como Él lo quiso ser?... ¡He aquí mi corona!, y sacó de entre sus ropas una desnuda y espinosa rama cerrada en forma circular...

* *

El averno se revuelve otra vez en su décima persecución contra los cristianos.

El brazo de Cayo Valerio Diocleciano Maximiano, ¡¡¡*Numen imperatorum!!!* es el ejecutor de otra más cruel, más refinada matanza; propónense ahora las furias exterminarlos.

Al estallar el horrendo edicto, Cecilia fué nombrada guía del cementerio de Calixto:

Al ir a tomar posesión de su cargo, casualmente se la encomendó por su agilidad y confianza un urgente aviso para que huyeran de allí todos los cristianos que a la sazón estaban reunidos con el Sumo Pontífice.

Llegó antes que los soldados penetrando por otra entrada que ella conocía, dió su aviso, y aquellos se refugiaron en los más profundos subterráneos, no pudiendo conseguir que

se escondiera con ellos, porque decía que era su obligación estar a la puerta para conducir a los fieles. En pie, vestida de negro, con los brazos en alto sobre su cabeza, sosteniendo una lámpara que reflejara a los cristianos un punto de luz en aquellas oscuridades, fué aprehendida por los legionarios augustos...

* *

Con dulce calma contestó al temible juez: ¡Si no son de más cuantía los bienes que me ofrecéis, no adjuro mi Fé: Si, un don, como vos decís señor, aunque no lo comprendéis, es el no haber visto jamás la luz; vos llamáis oscuridad a lo que yo *veo* punto luminoso, siendo lo obscuro, todo lo que me rodea en este mundo.

La pobre niña, allí mismo fué tendida sobre un potro, las cuerdas pasaron por sus muñecas y tobillos, dieron vuelta a las ruedas, sus huesos crujieron, una palidez mortal y un frío sudor cubrió su rostro.

Insistóla el Juez a renunciar a Cristo y adorar a los Dioses: La ciega que seguía en oración entonó como respuesta a aquel inicuo, un canto de abnegado dolor:

¡Bendígote Señor porque el primer dolor que sufro es por Tí; te amé en la paz, en el consuelo, en la alegría, y te glorifico en el suplicio!...

¡Aplicarle una antorcha encendida a los costados!—gritó furioso el malvado.

Un murmullo de terror se levantó entre los presentes, que compadecidos rompieron la severa orden de guardar silencio.

La púdica Virgen que vió que no estaba sola, exclamó viéndose encendido de rubor su rostro marmóreo:

¡Oh, mi amado Señor! ¡Esposo, siempre te obedecí! ¡Dame torturas que sufrir por tu amor; pero librame de la afrenta de las miradas humanas! Concédeme Padre mío, que vaya de una vez a Tí, sin que la vergüenza me obligue a presentarme ante tu trono con ambas manos sobre mi rostro!...

Llegaron los verdugos con las resinosas teas, se acercaron a desnudar sus espaldas, y... ¡estaba muerta!...

¡Muerta con sólo una vuelta de rueda! rugió el malvado juez.

¡Arrojad su cadáver al Tiber!

Una bolsa de oro rescató aquel de manos del verdugo.

¡Cecilia reposó en el cementerio de Calixto!

(1) Job XXIX, 15.



Una hora de música.

El corazón de una mujer española, la Señorita Anita Re-
bentós de Saura, ha levantado con grandes trabajos y
sacrificios personales esta casa de caridad. Su delicade-
za femenina solo trató de resolver el aspecto sentimen-
tal, que quizá un día tuvo la ocasión de sorprender en
la vida trágica de los ciegos. : : : : :



Comedor.

ASILO AMPARO DE SAN LUCIA PARA CIEGAS

AVENIDA DEL TIBABO, BARCELONA



Vista general edificio,

Fué fundado el año 1914.

Está dirigido por Religiosas Capuchinas, y cuenta en la actualidad

con 420 niñas.



Una hora de paseo.

Ahora se ha encargado de esta Institución la Caja de
Pensiones para la vejez, y su director el Sr. Moragas
cuenta con medios económicos y con un plan de amplia-
ción y reforma que han de hacer de esta casa de amor,
seguramente una de las casas de ciegos más espléndida,
espiritual y materialmente, del mundo entero. : :



Dormitorio.

Los ciegos y la música

por

F. KRYTHERSEN

Vamos a ocuparnos sólo de lo que a España se refiere por ser en las demás naciones este problema como todos los que a los ciegos afectan absolutamente distintos.

El ciego es mucho más desgraciado por su psíquica que por su falta de vista. La psíquica del ciego es de una inferioridad exageradamente manifiesta y esto se debe a diversas causas todas decisivas y desgraciadamente hartamente justificadas.

El ciego generalmente pertenece a familias pobres y en este país la pobreza lleva consigo el analfabetismo, la miseria, dureza de carácter y carencia absoluta de sensibilidad psicológica. Los ciegos no eligen para sus amistades caracteres coincidentes, afinidad de gustos; temperamentos unísonos, sino que por razón de desgracia se van agrupando en perniciosa conglomeración, el hombre, el adolescente y el niño; lo que determina un estado de patología psicológica (sobre todo en los últimos) psicología patológica que no nos atrevemos a calificar, por ser esto, de la competencia exclusiva de los psiquiatras; pero es lo cierto que los niños oyen de los labios de hombres procacidades, amarguras, desconuelos, lamentaciones y, en fin, toda la gama de lo horriblemente sucio y triste, rematada por un excecpticismo casi salvaje.

Esto tiene su origen en la falta de libros, en la carencia de cuanto sirve para sublimizar el espíritu; en el continuo callejear y en el asiduo roce con todo lo que de malo pulula por la calle.

De esta suerte nos encontramos con una vida anímica, encallecida, vida que aprendió a odiar sistemáticamente antes que a querer; a desconfiar de sus semejantes antes que a esperar de ellos el bien, y lo peor es que este odio, esta desconfianza se basan en argumentos sofísticos; pero que satisfacen a su inteligencia poco dada al análisis y a la ecuanimidad.

Lo más doloroso es que cuanto les rodea ayuda a a este estado patológico psíquico, porque en su casa entre los suyos padece una postergación puesto que sus hermanos gozan de una vida libre e independiente, contribuyen al sostén de su familia con su trabajo;

el ciego en cambio, vive parasitariamente en un plan vegetativo al que no encuentra solución. Cuantos les rodean gozan de todo aquello que a él le está vedado, libros; periódicos, museos, diversiones múltiples, sport y para indemnizarle de todas estas cosas sus padres de acuerdo con la rutina le facilitan un instrumento cualquiera sin preocuparse ni ellos ni sus maestros de las aptitudes que presenta, que casi siempre son negativas puesto que la música, el arte subjetivo por excelencia, el que mayor sensibilidad exige, el que reclama mayor pureza de espíritu no puede encontrar buen asilo en los ciegos.

Entonces se inicia una nueva amargura, es la lucha de lo que se quiere contra lo que no puede ser y cuando un año tras otro de obstinado trabajo le proporcionan un sitio en lo más despreciable mediocridad se encuentra por la falta de vista imposibilitado de engrosar orquestas; bandas, ni siquiera de de integrar una murga; entonces, se decide a mendigar con su instrumento. Conviene no olvidar que en términos generales tratamos el problema puesto que conocemos las encasas excepciones que existen.

La técnica tanto en lo que a los instrumentos se refiere cómo en lo que a los demás ramos de la música afecta es nula, perfectamente nula, totalmente nula.

En composición, por ejemplo, no hay vertido al sistema de puntos nada, absolutamente nada de Fetis Berlioz. Gevaert. Strauss. Rinsky Korsacow. Jádason, Duran, Rhimant, Rither, Dindy Widorse etc., ésto en cuanto a obras de texto; obras orquestales, cuartetos, etc. etc., para consulta, ni soñarlo.

Métodos para instrumentos... sólo compendios... piezas, pocas malas y en abierta negativa con las corrientes modernas? profesores... unos cuantos señores poco propicios a transmitir su gran caudal de conocimientos por cuanto que no sacan ni un discípulo, ni uno siquiera, que merezca atención. Los ciegos que positivamente valen no deben sus méritos ciertamente a los centros educativos que al objeto existen sino a profesores particulares y a sus esfuerzos archititánicos.

OJOS

POR

RABINDRANATH TAGORE

I

Siendo yo muy joven todavía di a luz un niño muerto y estuve a punto de morir también. Fui mejorando poco a poco; pero mi vista se me empezó a cansar.

En aquella época, mi marido estudiaba medicina, y no recibió mal la ocasión que se le presentaba de hacer experiencias en mí. Conque empezó a tratarme los ojos.

Mi hermano mayor, que se estaba preparando, por entonces, para sus exámenes de leyes, vino a casa un día y se asustó de verme.

«¿Pero qué estás haciendo?» le dijo a mi marido. «¿No ves que le estás echando a perder los ojos a Kumo? Debieras consultar al momento con un buen especialista».

Mi marido le respondió molesto: «¿Y qué le va a hacer un buen especialista que yo no le haga? Es un caso bien sencillo, y cualquiera sabe los remedios que necesita».

Mi hermano dijo desdeñosamente «Sin duda, te crees que no hay diferencia ninguna entre tí y un profesor de tu facultad».

Ya enfadado, contestó mi marido: «Si tú te casaras y surgiera una disputa sobre la propiedad de tu mujer, me figuro que no aceptarías mi consejo como lejista. Por lo tanto, déjame en paz, que yo soy médico y sé lo que hago».

Mientras ellos reñían, yo estaba pensando que siempre es la pobre yerba la que sufre cuando dos reyes se hacen guerra. En aquella disputa, yo era la que pagaba.

Verdaderamente, a mí también me parecía muy injusto que una vez que mi familia me había dado en matrimonio, viniera a mezclarse en lo que no le importaba. Y a fin de cuentas, mi alegría y mi dolor eran cosa de mi marido y no de ellos.

Desde aquel día, por esta pequeñez de mis ojos, las relaciones entre mi marido y mi hermano se pusieron muy tirantes.

Una tarde, mientras mi marido estaba fuera, mi hermano trajo, con gran sorpresa mía, un médico. El médico me vió los ojos cuidadosamente, y dijo, muy serio, que si aquello se seguía descuidando, podía ser muy grave. Recetó unas medicinas, y mi hermano mandó por ellas enseguida. Cuando el médico se hubo ido, yo le rogué a mi hermano que no se metiera en nada, porque yo estaba segura de que nada bueno podía resultar de las tapadas visitas de otro médico.

Me sorprendió de mí misma por aquel valor que tuve de hablar así a mi hermano, a quien hasta entonces había respetado tanto. Creo que él también se sorprendió de mi atrevimiento. Se quedó callado,

y luego me dijo: «Está bien, Kumo, no volveré a llamar al médico; pero estas medicinas que te ha mandado, tienes que tomarlas». Y se fué.

El boticario mandó luego las medicinas. Yo cogí todo, botellas, polvos y recetas, y lo eché al pozo.

Lo de mi hermano había picado a mi marido, que empezó a tratarme los ojos con más diligencia que nunca. Probó toda clase de remedios. Me vendé los ojos como me dijo, me puse unas gafas de color, me eché unos colirios, tomé unos polvos. Hasta bebí todo el aceite de hígado de bacalao que él quiso, a pesar de las náuseas que me daba.

Siempre que volvía del hospital, él me preguntaba ansioso cómo me encontraba. Yo le respondía: «Mucho mejor». Llegué a ser perita en ilusión. Cuando la agüilla de mis ojos aumentaba, me consolaba con la idea de que era bueno echar fuera tanto humor vicioso, y si el flujo decrecía, me entusiasmaba de la habilidad de mi marido.

Pero, pasado algún tiempo, mi sufrimiento se hizo insoportable. No vía apenas y me dolía la cabeza sin parar, día y noche. Noté que mi marido empezaba a preocuparse y que estaba buscando pretexto para que viniese un médico. Así pues, yo le dije indirectamente algo para que lo llamara. Comprendí que esto le aliviaba mucho, y aquel mismo día trajo a un médico inglés. No sé lo que habrían pero si saqué en claro que el sahib había tratado con severidad a mi marido.

El se estuvo callado largo rato después de haberse ido el médico. Le cogí sus manos y le dije: «¿Qué hombre tan bruto y tan grosero! ¡Cuánto más valdría que hubieses llamado a un médico indio! ¿Tú crees que ese hombre sabe mejor que a lo que yo tengo?»

Mi marido siguió callado. Luengo dijo entrecortándose: «Kumo hay que operarte los ojos».

Me mostré indignada de que él hubiese tardado tanto en decírmelo. «Tú lo sabías hace mucho tiempo», le dije, «y has querido ocultármelo. Pero ¿te figuras que soy tan niña que me asuste de una operación?»

Oyéndome, recobró su buen humor. Hay pocos hombres, contestó, «tan heroicos, que no rehuyan una operación, por pequeña que sea».

Yo me reía: «Eso es verdad; los hombres sólo son heroicos delante de sus mujeres».

Me miró seriamente y me dijo: «Tienes muchísima razón; los hombres somos enormemente vanos».

Le quité su seriedad con nueva risa. «¿Tú crees que podéis ganarnos siquiera en vanidad a las mujeres?»

Cuando volvió mi hermano, me lo llevé aparte y le dije: «Dada, las medicinas que me mandó tu médico, estoy segura que me habrían curado; pero

desgraciadamente, yo equivoqué la bebida con la loción, y desde entonces mis ojos han ido de mal en peor. Y ahora tienen que operarme».

—Mi hermano me dijo: «Tú has seguido haciendo lo que quería tu marido, y por eso he dejado de venir a verte».

«No», le respondí, «te aseguro que yo me curaba a escondidas con lo que me dijo tu médico».

¡Ay, cuántas mentiras tenemos que decir las mujeres! Cuando somos madres, mentimos para tranquilizar a nuestros hijos; cuando somos esposas, para tranquilizar a los padres de nuestros hijos. ¡Nunca nos vemos libres de la necesidad de mentir!

Mi engaño tuvo el buen efecto de acercar a mi marido y mi hermano. Este se culpaba de haberme hecho engañar a mi marido; y mi marido deploraba no haber seguido desde el primer momento los consejos de mi hermano.

Por fin, con el consentimiento de los dos, vino un médico inglés y me operó el ojo izquierdo. El ojo estaba ya muy débil para soportar la operación, y el último aleteo de la luz se apagó en él. Después el otro ojo se me perdió poco a poco en la oscuridad.

Un día, mi marido se acercó a mi cama: «No puedo hacerme el fuerte por más tiempo» me dijo: «Kumo, yo fui quien te cegó».

Senti que su voz se le ahogaba en llanto, y cogiendo su mano derecha con mis dos manos, le dije: «¡Pero si no hiciste más que tu deber! ¡Tú no has andado sino en lo que era tuyo! Imagínate que hubiese sido un médico desconocido el que me hubiese dejado sin vista; ¿qué consuelo podría yo tener ahora? Pero así siento que cuanto ha sucedido era lo que me convenía, y mi gran alivio es saber que han sido tus manos las que se han llevado mis ojos. Cuando Ramchandra vió que no tenía más que un loto para adorar a Dios, le ofreció sus dos ojos en lugar del loto. Pues yo he dedicado mis ojos a mi Dios. Desde hoy, siempre que tú veas algo que te dé alegría, tú tienes que contármelo a mí; y yo me mantendré con tus palabras como un regalo divino que te sobrara de tu mirar».

Claro está que yo no quiero decir que le contestara todo esto en aquel instante, porque estas cosas no es posible decir las en un momento angustioso, pero yo lo pensaba cada día, y cuando me sentía abatida o si, borrosa la luz de mi fervor, sentía compasión de mi mala suerte, me repetía aquellas palabras en mi pensamiento, una a una, como repite un niño una historia que le han contado. Y así conseguía respirar, otra vez, el aire sereno de la paz y del amor.

A mi marido, aquel día, solo le dije lo bastante para que él viera lo que había en mi corazón.

«Kumo», me dijo, «lo que yo, necio, te hice, ya no tiene remedio; pero haré una cosa: estaré siempre a tu lado y trataré de aliviar tu ceguera cuanto me sea posible».

«No», le dije yo, «eso no debe ser. No quiero que hagas de tu casa un hospital de ciegos. La única solución es que tu te vuelvas a casar».

Al tratar yo de explicarle que se volviera a casar, me empezó a temblar la voz. Tosi, y trataba de esconder mi emoción, pero él estalló diciendo:

«¡Kumo, yo podré ser necio y pedante y todo lo que tu quieras, pero no villano! ¡Te juro solemnemente por Gopinat, el dios de mi familia, que yo no me volveré a casar nunca; y si lo hiciera, que el más odioso de todos los pecados, el parricidio, caiga sobre mi cabeza!»

¡Ay, yo no debí nunca haberle consentido que hiciese tan terrible juramento! Pero las lágrimas

me estaban ahogando, y la alegría me hacía sufrir de tal manera, que no pude decir una sola palabra. Escondí la cara en mi almohada, y sollocé, y sollocé. Al fin, cuando el primer diluvio de mis lágrimas se había pasado, cogí su cabeza contra mi pecho.

«¡Ay», le dije, «por qué has hecho ese juramento tan espantoso? ¿Te crees que yo te dije que te volvieras a casar por tu propio placer miserable? No, no; es que estaba pensando en mí, en que ella podría cumplir con los servicios que te daba yo cuando veía».

«¡Déjate de servicios», dijo él. «que ya lo harán todo los criados! ¿Te figuras que soy tan loco que vaya a traer a mi casa una esclava para que comparta el trono con mi Diosa?»

Diciendo «Diosa», levantó mi cara entre sus manos y me dió un beso en medio de las cejas. En aquel momento, el tercer ojo, el de la sabiduría divina, se abrió donde él me había besado; y me sentí realmente consagrada.

Y pensé: «Está bien. Ya no podré servirle en el mundo bajo de los cuidados caseros; me elevaré a una región más noble, y atraeré sobre él las bendiciones de lo alto. ¡No más mentiras, ni más decepciones! ¡Todas las pequeñeces y las hipocresías de mi vida de antes, quedarán muertas para siempre!»

Durante todo aquel día estuve luchando conmigo misma. La alegría de pensar que después de su solemne juramento era imposible que mi marido volviera a casarse, arraigaba profundamente en mi corazón, y yo no podía arrancármela. Aunque la Diosa nueva que había ocupado su nuevo trono en mí, decía: «Es posible que llegue un día en que a tu marido le convenga quebrantar su juramento y volverse a casar.»

Entonces, la mujer que había dentro de mí, replicaba: «Puede ser, pero un juramento es un juramento, y no hay modo de quebrantarlo». Pero la Diosa de mi corazón replicaba: «Esa no es razón para que te sientas triunfante.» Y la mujer que había dentro de mí contestaba: «Lo que dices es verdad; pero, sea como sea, él ha jurado...» La historia seguía y seguía. Al fin la diosa frunció el ceño silenciosamente, y cayó sobre mí la sombra de un espantoso temor.

Mi marido, arrepentido de lo que había dicho, no dejaba que los criados trabajaran por mí, y tenía que hacerlo todo. Al principio sentí un gozo sin límites de depender así de él en cada cosilla. Era un medio de retenerle a mi lado, y mi deseo de que estuviera conmigo se había hecho imperioso desde que me quedé ciega. La parte de presencia suya que habían perdido mis ojos, se la disputaban mis otros sentidos. Y cuando él no estaba a mi lado, me parecía estar colgando en el aire, perdido mi afianzamiento en todas las cosas tancibles.

En otro tiempo, cuando mi marido volvía tarde del hospital, yo me ponía en mi ventana abierta a mirar el camino, que era la cadena que unía su mundo con el mío. Ahora que con mi ceguera se había roto esta cadena, mi cuerpo todo salía en busca de él. El puente que nos unía había cedido, y no quedaba más entre los dos que el abismo infranqueable. Si él se iba de mí el precipicio parecía abrirse del todo; y yo no podía hacer más que esperar que él volviera a cruzar de nuevo de su orilla a la mía.

Un afán tan ansioso, un depender tan completo, nunca son buenos. Una esposa es carga bastante para la conciencia de un hombre, y añadir a esta carga mi ceguera, era hacerle la vida insoportable

a mi marido. Y yo juré que sufriría sola, que ya no lo envolvería más en las rondas de mi invasora oscuridad.

En un tiempo increíblemente corto, aprendí a hacer todos mis deberes caseros, ayudada por el tacto, el oído y el olfato. A decir verdad, pronto vi que podía arreglármelas mejor que antes, porque la vista nos distrae amenudo en vez de ayudarnos. Y sucedió que cuando estos inquietos ojos míos ya no podían hacer nada, mis demás sentidos se pusieron a lo suyo con tranquilidad y plenitud.

Cuando, a fuerza de constancia, supe hacerlo todo, ya no consentí a mi marido que me supliría más. Al principio, él se quejaba amargamente de que con esto le privaba de su penitencia.

No me convenció. Dijera él lo que dijera, comprendía yo que él sentía un verdadero alivio con no tener ya mis quehaceres. Servir día tras día a una esposa ciega, no puede ser la vida de un hombre.

II

Mi marido terminó su carrera de médico, y dejó Calcuta para ir a ejercer a un pueblecito. Al llegar al campo, sentí gozosa, a través de mi ceguera, que había vuelto a los brazos de mi madre.

Yo salí de mi aldea, para ir a Calcuta, cuando tenía ocho años. Habían pasado diez, y, en la gran ciudad, el recuerdo de mi casa de la aldea se había ido borrando poco a poco.

Mientras vi, Calcuta, con su ajeteo, quitaba de mi vista el recuerdo de mistempranos días. Pero cuando me quedé ciega, comprendí, por vez primera, que Calcuta sólo sedujo mis ojos, no mi pensamiento. En mi ceguera, las cosas de mi niñez brillaban de nuevo, como van brillando las estrellas, una a una, en el cielo del anochecer, al cabo del día.

Era en los comienzos de noviembre cuando salimos de Calcuta para Harsingpur. El lugar me era desconocido; pero los olores y los sonidos del campo se apiñaban, para abrazarme, a mi alrededor. El aire de la mañana, fresco de la tierra acabada de arar el tierno y dulce olor de la mostaza florida, la lejána flauta del pastorcillo, el mismo quejido chirriante de las carretas de bueyes por el camino quebrado de la aldea, llenaban mi mundo de alegría. La memoria de mi vida pasada, con todas sus fragancias y sus ecos inefables, resucitó ante mí, y mis ojos, como estaban ciegos, no podían decirme que me equivocaba. Volví a mi infancia, y la viví otra vez; pero mi madre no estaba conmigo.

Veía mi casa, y las grandes higueras de la orilla del charco de la aldea. Me imaginaba, con los ojos del pensamiento, a mi abuela viejecita sentada en el suelo, con las finas hebras de pelo sueltas, calentando su espalda al sol, mientras secaba las bolitas de las lentejas para la comida; pero no sé por qué, me era imposible recordar las canciones que ella siempre estaba canturreando con su voz trémula y frágil. Al anochecer, cuando me llegaba el murmurar del ganado, casi podía seguir a mi madre andando por los establos, con el farol en la mano. El olor del forraje húmedo y el humo picante de la paja quemada se me entraban hasta el corazón. Y a lo lejos me parecía oír la campana del templo, en la brisa de la ribera.

Calcuta cuaja el corazón con su tumulto y su palabreo. Allí todos los deberes hermosos de la vida pierden su frescura y su inocencia. Recuerdo un día en que una de mis amigas vino y me dijo: «Kumo,

¿y te vas a quedar así? Si a mí me hubiera hecho eso mi marido, yo no hubiera vuelto jamás a pensar en él».

¡Quería que yo me indignase porque él había tardado tanto en llamar a un médico! «Ya tengo bastante con mi ceguera», le dije yo. «¿Para qué complicar las cosas dejando que mi odio se desate contra él?»

Cuando oyó esta antigualla de labios de un retaco como yo, mi amiga sacudió la cabeza con gran desprecio, y se fué desdenosa. Pero fuera la que fuera mi respuesta de aquel momento, las palabras de ella dejaron su veneno en mi corazón para siempre.

Ya digo que Calcuta, con su interminable chisnorre, le endurece a uno el alma. Al volver al campo, todas mis primeras creencias y esperanzas cuanto había sido la verdad de mi niñez, se volvió, fresco y alegre de nuevo. Dios vino a mí y me llenó el corazón y la vida. Me incliné ante él y le dije: «Ha sido bueno que me hayas quitado los ojos Tú estás conmigo».

¡Yo dije más de lo debido, ay! Todo lo que podemos decir es: «He de serte fiel». Aún cuando nada nos quede, tenemos que seguir viviendo.

III

Pasamos juntos unos meses felices. Mi marido ganó fama como médico, y con la fama vino el dinero.

El dinero es malo. Yo no podría precisar ninguna cosa; pero como los ciegos tienen más finas las percepciones que los demás, iba yo notando que mi marido cambiaba con su fortuna.

De él más joven, tenía un claro sentido de la justicia, y me había hablado muchas veces de su ilusión de ayudar a los pobres cuando tuviese clientela propia. Sentía un noble desprecio por esos médicos que no toman el pulso de un enfermo pobre sin cobrar antes. Pero ahora yo notaba alguna diferencia en él. Se había vuelto extrañamente duro. Una vez que vino una mujer del campo y le rogó, de caridad, que le salvara la vida a su hija, se negó secamente. Y cuando yo misma le pedí que lo hiciera, lo hizo, pero sin interés y como para salir del paso.

Mientras fuimos menos ricos, a mi marido le repugnaban las habilidades en materia de dinero, y era sumamente escrupuloso en estas cosas. Pero desde que tuvo su buena cuenta en el banco, se pasaba muchas veces las horas enteras discutiendo con algún bribón de administrador, asuntos que se veía claramente que no traerían ningún bien.

¡A lo que ha venido a parar! ¿Qué fué de aquel marido mío que yo conocí antes de estar ciega, el que me besó aquel día entre las cejas y me puso en un sagrario, sobre el altar de una diosa? Los que, en una repentina racha de pasión, caen por tierra, pueden volver a levantarse con un nuevo impulso de bondad. Pero aquellos que día tras día se van dejando secar las fibras de su conciencia, aquellos que se dejan ahogar poco a poco la vida interior por algún parasitismo de afuera, llegan el día menos pensado a una muerte sin remedio.

La separación que causa la ceguera es la más pequeña insignificancia física. Pero ¡ay, que ahogo encontrar que él ya no está conmigo donde estuvo aquella hora en que los dos sentimos mi ceguera! Esta sí que es separación!

Yo, con mi amor fresco y mi fe inquebrantable, he seguido al amparo del santuario íntimo del co-

razón. Pero mi marido ha dejado la grata sombra de estas cosas sin edad, que nunca se marchitan. Con su loca sed de oro, está perdiéndose rápidamente en el seco desierto de lo estéril.

Algunas veces sospecho que no son las cosas tan malas como yo creo, que tal vez lo exagere todo porque estoy ciega; y que es posible que si yo hubiese tenido buenos mis ojos, hubiera aceptado el mundo como se me ofrecía. Este era al menos el modo de ver de mi marido. Estado de ánimo, fantasías, decía él.

Un día vino un viejo musulmán a casa y le rogó a mi marido que fuera a ver a su nietecita. Oí que el viejo decía: «¡Babu, soy muy pobre, pero ven, que Alá te lo pagará!» Mi marido le respondió friamente: «Alá no tiene nada que ver con esto. Lo que necesito saber es lo que puedes darme tú».

Al oírlo, yo me preguntaba dentro de mí, qué por que Dios no me había dejado sorda a la vez que ciega. El viejo dió un hondo suspiro y se fué. Yo mandé a mi criada que fuera a buscarlo. Salió a la puerta de mi cuarto y le di un poco de dinero.

«Haz el favor de aceptar esto que te doy», le dije, «y ve por un médico bueno para que cure a tu nietecita. Y... reza por mi marido».

En todo aquel día no pude comer nada. Cuando mi marido se levantó de su siesta, me dijo: «¿Qué tienes, que estás tan pálida?»

Estuve a punto de decirle como siempre: «No es nada». Pero los días de decepción se habían acabado, y le hablé claramente.

«He dudado», le dije, «durante muchos días, si debía decirte algo, y me ha sido difícil pensar con exactitud que era lo que te quería decir. Ahora mismo quizás no pueda explicarte lo que tengo en el pensamiento, pero estoy segura de que tu sabes lo que pasa. Nuestras vidas se han separado».

Mi marido se echó a reír forzosamente, y dijo: «El cambio es ley natural».

Le contesté: «Ya lo sé; pero hay cosas que son eternas».

Entonces se puso serio.

«Hay mujeres», dijo, «que tienen motivo verdadero para estar tristes; sus maridos no ganan dinero o no las quieren; pero tu te afliges sin razón».

Me hice cargo de que mi ceguera me había dado el poder de ver un mundo que está por encima de todo cambio. Sí, es verdad, yo no soy como otras mujeres. Y mi marido no me comprenderá nunca.

IV

Nuestras dos vidas siguieron así, aburridas y rutinarias por algún tiempo. Luego hubo una interrupción en la monotonía. Una tía de mi marido vino a visitarnos.

Lo primero que ella soltó después de nuestro primer saludo, fué esto: «Buen Kumo, es un verdadero dolor que te hayas quedado ciega; pero ¿por qué impones tu desgracia a tu marido? Es preciso que le digas que se vuelva a casar».

Hubo un silencio difícil. Si mi marido hubiese contestado cualquier paparrucha, o se le hubiera reído en su cara, todo habría pasado; pero él tartamudeó y dudó, y dijo al fin de una manera nerviosa y tonta: «¿De veras crees eso, tía? ¡No, no debieras hablar así!»

Su tía se volvió a mí: «¿Es verdad que tengo razón, Kumo?»

Yo me reí secamente.

«¿No te parece mejor», le dije, «consultar a una persona más competente que yo? Ningún ladrón pide permiso al hombre a quien vá a robar».

«Tienes mucha razón», replicó ella blandamente. «Abinash, hijo mío, luego hablaremos los dos, ¿no te parece?»

Pocos días después, mi marido le preguntó a su tía, delante de mí, si conocía a alguna muchacha de buena familia que pudiera venir a ayudarme en las cosas de la casa. El sabía perfectamente que yo no necesitaba a nadie. Me quedé callada.

«¡Oh, hay muchas!», contestó su tía. «Mi prima tiene una hija que está en la edad de casarse, y todo lo buena que puedas desear. Su familia se pondría loca de contenta si te casaras con ella».

El se rió otra vez con aquella risa falsa y vacilante, y dijo: «¿Pero quién ha hablado de matrimonio?»

«¿Pues tú crees», le preguntó su tía, «que una muchacha decente se va a venir a vivir a tu casa como no sea para casarse contigo?»

El tenía que darle la razón a su tía. Permaneció nerviosamente callado.

Cuando él se fué, yo me quedé sola tras la puerta cerrada de mi ceguera. Llamé a mi Dios y le dije: «¡Dios mío, salva a mi marido!»

Al salir yo, días después, del santuario familiar, de hacer mi oración matutina, la tía de mi marido me cogió las manos con ateco.

«Kumo», me dijo, «aquí está la muchacha de quien hablábamos el otro día. Se llama Hemanjini, y se alegraría muchísimo de conocerte. Anda, Hemo ven, que te voy a presentar a tu hermana».

Mi marido entraba en aquel momento en el cuarto. Fingióse sorprendido de ver a la muchacha desconocida, e iba a retirarse; pero su tía le dijo: Abinash, hijo, ¿a qué te vas? Esta es la hija de mi prima, Hemanjini, que viene a verte. Anda, Hemo, saludalo».

Como si le hubiera cogido por completo de sorpresa, él comenzó a hacer preguntas a su tía sobre cuándo, y por qué, y cómo había venido la muchacha.

Yo comprendía la vaciedad de todo aquello. Cogi a Hemanjini de la mano y la llevé a mi cuarto. Le acaricié suavemente la cara, los brazos y el pelo, y comprendí que tenía unos quince años y que era hermosísima.

Mientras le tocaba la cara, ella se echó de pronto a reír, y dijo: «¿Pero que estás haciendo? ¿Me estás hipnotizando?»

Su dulce reír sonoro se llevó en un instante todas las nubes negras que había entre nosotras. Yo eché mi brazo derecho alrededor de su cuello.

«¿No comprendes que estoy queriendo verte?», le dije. Y volví a acariciarle su cara dulce con mi otra mano.

«¿Verme?», dijo con nueva explosión de risa. «¿Soy acaso algún aguacate de tu huerto, que tienes que palparme toda para ver si estoy tierna?»

De pronto pensé que ella no sabía que yo había perdido la vista.

«Hermana, estoy ciega», le dije.

Se quedó callada. Yo sentía sus grandes ojos jóvenes curioseando mi cara, y sabía que estaban llenos de lástima. Luego se puso pensativa, y dudó, y dijo al fin: «¡Ay, ya lo comprendo todo! Por eso tu marido invitó a su tía a que viniera».

«No», contesté, «no. El no la ha invitado. Ella ha venido porque ha querido».

Hemanjini soltó otra carcajada. «Eso es muy de mi tía», dijo. «¿Qué cosa tan bonita venir sin ser llamada! Pero ahora que ha venido, no conseguirás que se vaya en un poco de tiempo. Ya lo verás».

Se calló y se quedó dudosa. «¿Y por que me mandaría mi padre a mí?, dijo «¿Me lo quieres decir?»

La tía había entrado en el cuarto. Hemanjini le dijo: «¿Cuándo piensas irte, tía?»

Esto desconcertó a su tía.

«¡Qué preguntas!», dijo. «No he visto persona tan inquieta como tú. Acabamos de llegar, y ya estás preguntando cuando nos vamos».

«Todo esto está muy bien para ti», dijo Hemanjini, «porque esta casa es de parientes cercanos tuyos, pero yo, yo no me puedo quedar más tiempo». Y me cogía la mano: «¿Qué dices tú, hermana?»

La apreté contra mi corazón, y no dije nada. La tía no sabía por dónde salir. Sentía que no dominaba la situación, con que, se le ocurrió que su sobrina se fuera con ella al baño.

«No; nosotras dos vamos a ir juntas», dijo Hemanjini, cogiéndose a mí. Su tía consintió, temiendo que no conseguiría nada a la fuerza.

Al bajar al río, Hemanjini me preguntó: «¿Por qué no tienes hijos?»

Le respondí sobresaltada: «¿Qué sé yo! Porque mi Dios no me los ha dado. No hay otra razón».

«No; esa no es razón», dijo brusca, Hemanjini. «Tú debes haber cometido algún pecado. Mira si no, mi tía; tampoco los tiene, y es por su mal corazón. Pero en el tuyo, ¿qué maldad puede haber?»

Sus palabras me dolían. Yo no sé solución ninguna para el problema del mal. Suspiré profundamente, y dije en el silencio de mi alma: «¡Dios mío, tú sabes la razón!»

«¡Santo Dios!», exclamó Hemanjini. «¿Por qué suspiras así? ¡Nadie me toma en serio!»

Y su risa resonaba por el río.

V

Supe después que los deberes profesionales de mi marido sufrían constantes interrupciones. Se negaba a toda llamada distante, y volvía aprisa de sus visitas más cercanas.

Antes, sólo podía venir a nuestras habitaciones durante la comida del mediodía y por la noche. Pero ahora, con una ansiedad ridícula por las comodidades de su tía, entraba a visitarla a toda hora. Yo sabía en el acto cuando él entraba en el cuarto de su tía, porque ella gritaba a Hemanjini que le trajera un vaso de agua. La muchacha, al principio, le hacía caso; después se negó por completo.

La tía la llamaba con voz dengosa: «¡Hemo, Hemo, Hemanjini!» Pero la muchacha se me abrazaba con un impulso compasivo. No sé qué sentimiento de temor y de pena la hacían callarse. Algunas veces se encogía contra mí como acorralada, sin saber qué le estaban preparando.

Por entonces, mi hermano vino de Calcuta a verme. Yo sabía lo buen observador que él era y qué recto. Temí que mi marido iba a tener que justificarse ante él y que sufrir su acusación; así es que hice cuanto pude para esconder la verdad tras una careta de bulla y alegría. Creo que exageré, porque aquello no era mi natural.

Mi marido comenzó a inquietarse sin disimulo, y le preguntó a mi hermano cuánto tiempo pensaba estar con nosotros. Luego ya no pudo contenerse más, y estaba con él casi insultante. A mi hermano no le quedó otro remedio que irse. Cuando se iba, me puso la mano en la cabeza y allí la tuvo un rato. Yo noté que le temblaba. Y al darme, callado su bendición, sentí que se le caía una lágrima.

Recuerdo bien que era un anochecer de abril y que había mercado. La gente que había venido al pueblo, empezaba ya a volverse. Parecía que una tormenta estuviera amenazando por los aires. La humedad del viento y el olor de la tierra mojada lo

penetraban todo. Yo nunca tengo encendida la lámpara de mi alcoba cuando estoy sola, no vayan a prenderse mis ropas o a ocurrir cualquier otra cosa mala. Me senté a oscuras en el suelo, y llamé al Dios de mi mundo negro.

«¡Dios mío», le decía, «me escondes tu cara y no te puedo ver! ¡Estoy ciega! ¡Me agarro con toda mi fuerza a este timón roto de mi corazón, pero ya me sangran las manos! ¡Las olas son ya demasiado fuertes para mí! ¿Cuánto tiempo me tendrás en esta prueba, Dios mío, cuanto tiempo?»

Dejé caer mi cabeza sobre la cama y comencé a sollozar. Sentí que la cama se movía un poco, y me encontré conmigo a Hemanjini. Ella se cogió a mi cuello, y me secaba las lágrimas en silencio. No sé por qué había estado esperando aquella noche en mi alcoba; por qué se había quedado allí sola, acostada en la penumbra. No me dijo una sola palabra. Puso nada más su mano fresca en mi frente, me besó y se fué.

A la mañana siguiente, Hemanjini le dijo a su tía delante de mí: «Si tú quieres seguir aquí, puedes seguir. Yo me voy a mi casa con nuestra criada».

La tía le dijo que no tenía necesidad de irse sola que ella se iba también. Y, con sonrisas y afectaciones, sacó, por lo que pude comprender, de un estuche de felpa, una sortija de perlas.

«Mira, Hemo», dijo, «que sortija tan preciosa te ha traído mi Abinash».

Hemanjini le arrancó la sortija de la mano.

«Mira tú, tía», contestó rápida, «mira qué buena puntería tengo». Y tiró el anillo por la ventana al estancue.

La tía, sorprendida; irritada, indignada, se puso como un erizo. Vino a mí y me cogió la mano.

«Kumo», me repetía, «no le digas a Abinash lo que ha hecho esta niña caprichosa, porque se enfadaría mucho».

Le aseguré que no tenía que temer, que por mí no habría él de saber una palabra.

Al otro día, antes de salir para su casa, Hemanjini me abrazó y me dijo: «Hermana mía, no me olvides».

Le acaricé su cara, despacio, con mis manos, y le dije: «Hermana, los ciegos tienen larga la memoria».

Atraje su cabeza hacia mí, y la besé en el pelo y en la frente. Mi mundo se volvió de pronto gris. Toda la hermosura, la alegría, la tierna juventud que habían anidado junto a mí, se fueron con Hemanjini. Yo andaba a tientas por todas partes, con los brazos tendidos, buscando, buscando en mi mundo vacío.

Mi marido entró. Afectaba sentirse muy aliviado con la marcha de ellas, pero cuanto se le ocurría decir era exagerado y necio. Quería hacerme ver que la visita de su tía le había quitado tiempo y trabajo.

Hasta entonces sólo había existido entre él y yo la valla de mi ceguera. Ahora había otra: este pensado silencio sobre Hemanjini. Él finjía completa indiferencia; pero yo sabía bien que tenía correo acerca de ella.

Entraba mayo. Una mañana, mi doncella vino a mi cuarto diciéndome: «¿Para qué serán esos preparativos que están haciendo en el muelle? ¿A dónde se va el amo?»

Comprendí que algo se venía encima; pero dije a la doncella: «No sé nada».

Ella no se atrevió a decirme más, y se fué suspirando.

Aquella noche, ya tarde, mi marido vino donde yo estaba.

«Lengo que ir a ver a un enfermo en el campo», me dijo. «Saldré por la mañana temprano, y quizás tenga que estar fuera dos o tres días».

Me levanté de mi cama, fui a él y le grité: «¿Por qué mientes?»

El tartamudeó: «Qué... qué mentiras... te he dicho yo?»

Le contesté: «¡A lo que vas es a casarte!»

Se quedó callado. No se oía por el cuarto el más leve ruido. Yo rompí el silencio:

«¡Respóndeme» exclamé. «¡Dime que sí!»

El contestó: «Si», como un eco débil.

Yo grité alto. «¡No, jamás te lo permitiré! ¡Yo te salvaré de esta ruina inmensa, de este pecado horrible! Si no lo consigo, ¿para qué soy tu mujer?, ¿para qué he adorado en mi vida a mi Dios?»

Se quedó quieto en el cuarto como una piedra. Yo me caí al suelo y me cogí a las rodillas de mi marido.

«¿Qué te he hecho yo?», le pregunté. «¿En qué te he faltado? Dimelo de veras, ¿por qué quieres otra mujer?»

El respondió tranquilo: «Te diré la verdad. Te temo. Tu ceguera te ha encerrado en una fortaleza donde yo no puedo entrar. Para mí no eres ya una mujer. Me impones como mi Dios. No me es posible vivir mi vida diaria contigo. Yo necesito una mujer, sólo una mujer vulgar a quien yo pueda reñir, sonsacar, mimar...»

«¡Ay, ábreme el corazón, y ve! ¿Que soy yo sino una mujer como otra cualquiera?», le dije. «¿Qué soy más que la misma muchacha que era cuando me casé contigo, una niña que necesita creer, confiar, adorar?»

No sé exactamente todo lo que dije. Sólo recuerdo bien esto: «Si soy esposa leal, que Dios me sirva de testigo de este juramento: ¡Tú nunca cometerás esa acción infame! ¡Nunca quebrantarás tu juramento! ¡Antes de tal sacrilegio, sea yo viuda, o muera Hemanjini!»

Me caí al suelo desmayada. Cuando volví en mí, aún era de noche, y los pájaros estaban callados todavía. Mi marido se había ido.

Estuve todo el día sentada en el santuario de la casa, rezando. Al oscurecer, una terrible tormenta lo conmovió todo con truenos, relámpagos y lluvia. Acurruada ante el altar, yo no rogué a Dios que salvara a mi marido de la tormenta, aunque él debía estar en peligro por el río. Sólo pedí que, fuese de mí lo que fuese, librara a mi marido de aquel pecado horrendo.

Pasó la noche. Todo el día siguiente estuve también rezando. Por la tarde sacudieron y golpearon la puerta. Cuando la puerta cedió al fin, me encontraron tendida en el suelo, sin sentido, y me llevaron a mi cuarto.

Volviendo en mí, oí que alguien me susurraba al oído: «Hermana».

Me hallé acostada en el cuarto, con mi cabeza en la falda de Hemanjini. Al mover mi cabeza, crujieron sus sedas de novia.

¡Dios mío, Dios mío, mi oración no había sido escuchada! ¡Había caído mi marido!

Hemanjini inclinó su cabeza, y me dijo con dulzura: «Hermana mía, vengo a pedirte que bendigas nuestro matrimonio».

Todo mi ser se endureció como el tronco de un árbol herido por el rayo. Me incorporé y dije dolorosamente, no sé cómo: «¿Por qué no he de bendecirte? ¿Qué mal has hecho tú?»

Hemanjini se echó a reír con su risa alegre. «¿Mal?», dijo. «Cuando tú te casaste estaba todo bien. Ahora que me caso yo, lo llamas mal.»

Traté de sonreír para responder a su risa, y dije con el pensamiento: «No es mi oración lo definitivo en el mundo, sino Su voluntad. ¡Que caigan los golpes sobre mí, pero que dejen intactas mi fe y mi esperanza en Dios!»

Hemanjini se posternó y tocó mis pies. «Sé feliz», le dije bendiciéndola, «y que disfrutes de dichas sin fin».

Pero Hemanjini no tenía bastante con eso. «Hermana mía», dijo, «sólo me vas a bendicir a mí? ¿No quieres completar nuestra dicha? ¡Que estas santas manos tuyas acepten también en tu hogar a mi marido! ¡Deja que te lo traiga!»

Le dije: «Tráelo».

Oí entonces unos pasos conocidos y una pregunta: «¿Cómo estás, Kumo?»

Me incorporé de repente, me incliné hasta el suelo y grité: «¡Dada!»

Hemanjini se echó a reír.

«¿Pero todavía lo llamas Dada? ¡Valiente disparate! ¡Lámalo hermano monor, y tírale de las orejas, y búrlate de él porque se ha casado conmigo, tu hermanita pequeña!»

Lo comprendí todo. Mi marido había sido salvado de aquel pecado horrible. No había caído.

Yo sabía que mi hermano tenía resuelto no casarse nunca; y desde que mi madre había muerto, no existía ya su sagrado deseo que le pidiera el matrimonio. Por ahora, por la gran necesidad de su hermana, lo había hecho. ¡Si, se había casado por mi amor!

Lágrimas de alegría brotaron de mis ojos y se derramaron por mis mejillas. Quería contenerlas, pero no podía. Mi hermano, dulce, me acariciaba el pelo entre sus dedos. Hemanjini se coció a mi, riendo siempre.

Estuve despierta en mi cama casi toda la noche, esperando, excitada y ansiosa, que volviera mi marido. No podía yo pensar cómo soportaría él aquella vergüenza y aquella desilusión.

De madrugada, la puerta se abrió despacio. Me senté en mi cama y escuché. Eran los pasos de mi marido. Mi corazón latía loco. El se acercó a mi cama y cogió mi mano en la suya.

«Tu hermano», me dijo, «me ha salvado. Un torbellino de locura me arrastraba al abismo. Se había apoderado de mi un frenesí, del que no me parecía poder escapar. Sólo Dios sabe lo que pesaba sobre mí al embarcarme. Cuando bajó la tormenta por el río y cubrió el cielo, en medio de mi espanto, tenía en mi corazón un secreto deseo de ahogarme y desenredar así mi vida del laberinto en que yo mismo la había metido. Al llegar a Mathurgan, me dieron la noticia, que fué mi libertad. Tu hermano se había casado con Hemanjini. No podré explicarte que alegría y que vergüenza sentí oyéndolo. Corri, de nuevo, a embarcarme. En aquel instante de propia revelación, comprendí que sólo podía ser feliz contigo, que eres una Diosa.»

Yo reía y lloraba, diciendo: «¡No, no, no! ¡Ya no quiero ser más Diosa! ¡No soy más que tu mujer, la más vulgar de las mujeres!»

«También yo quiero decirte una cosa, Kumo. No me avergüences más llamándome tu Dios».

Al día siguiente, resonaron por el pueblecillo las alegres caracolas. Y nadie hizo la menor alusión a aquella noche de delirio en que todo estuvo a punto de perderse.

Zenobia Camprubi (Traductora).

ANUNCIOS BREVES

Línea, 25 céntimos; subrayada, 50, y encerrada, 75.

OCULISTAS

MADRID

Ayora (Joaquín L.), Montera, número 14.
Azcaran (Nazario), Ayala, 10.
Alexandre Aparicio (José M.^a), La-gasca, 101.
Antolín Becerra (Ramón), Galileo 6
Arroyo y Valverde (Trinidad) Puer-Sol, 13.
Clínica, Plaza de Moret, 7.
Carreras Durán (Buenaventura), Conde Aranda, 7.
Castillo Ruiz (Rodolfo del), Caste-lló, 25.
Castro de Zera (Rafael), Caracas, 9 duplicado.
Celada López (Vicente), Bárbara de Braganza, 20.
Cerdá (Filiperto), Baja, 43.
Cortés Munera (Agustín), Princi-pe, 13.
Cortés Munera (José), Magdale-na, 27.
Cortés (José Lorenzo) S. Agustín 15
Cospedal Tonie (Antonio María), General Castaños, 5.
Conde Lauda (Federico), Conde Xiquena, 19.
Cuevas Pulido (Jacinto), Arrieta, 6.
Castresena (Baldomero), Nicolás María Rivero, 14.
Conce (Federico), Barquillo.
Dupuy Unzueta (Enrique), Bai-lén, 7.
Durán Cao (Ángel), Espartal, 13.
Espinosa de los Monteros (Julian), Ruda, 21 y Carmen, 16.
Esteve Fernández Caballero (José Ángel), Hortaleza, 85.
Fernández Victorio (Francisco), Atocha, 68.
Fernández Catalina (Ricardo), Fuencarral, 96.
González Rodríguez (Genaro), Ca-va de San Miguel, 6.
Galiano Nadal (Francisco), Ave-nida Conde Peñalver, 19.
Galindez y Rivero (Jesús), Plaza Santo Domingo, 18.
García del Mazo y Azcona (José), Costanilla de los Angeles, 8.
García Mancilla (Sinfoniano): Pla-za del Matute, 9.
García Martínez (Victor) Puerta Moros, 7.
Hernández y López (Pablo), Corre-dera Baja, 15.
Horma y González (Juan Antonio), Plaza Príncipe Alfonso, 1.
Mejía y García (José), Toledo, nú-mero, 40.
Márquez Dr. y Arroyo Dra. Puerta del Sol, 13.
Mateo Balcones (Enrique), Ato-cha, 38.
Morales Fernández (Ángel), Meso-nero Romanos, 10.

Pedrajo Herrera (Juan), Fuenca-rral, 92.
Policer Rodríguez (Juan Antonio), Alcalá, 66.
Poyales del Fresno (Francisco), Olózaga, 3.
Romero, Hortaleza, 19.

BARCELONA

Arruga (Hermenegildo), Ara-gón, 271.
Barraquer (José A), Rda. S. Pe-dro, 3.
Barraquer (Ignacio), Rda. S. Pero, 3.
Bolcet (Manuel), Pelayo, 3.
Bordás (Francisco), Cjo. del Cien-to, 322.
Basagaña Carreras (Eusebio), Cer-tes, 660.
Batlle (Narciso), Plaza Universi-dad, 6.
Caralt (Delmiro de), Rbla. Cata-luña, 79.
Caralt (Ignacio de), Rda. S. Pe-dro, 52.
Caballero (José), Bruch, 82.
Cosp (Fernando), Salmerón, 23.
Flaquer (Quirico), Bilbao, 200.
Fontana (F.), Diputación, 235.
Fornes (José), Cortes, 464.
Fors (Francisco), Junqueras, 15.
Ginot (Antonio), Lauria, 11.
Horspital Prats (R.), Rda. S. Pe-dro, 15.
Llovera (José), P. de Gracia, 50.
Monacho (Manuel), Cortes, 646.
March (Mariano), Cortes, 670.
Miró (Juan), Vergara, 1.
Mateu (Manuel), Pasaje Madoz, 5.
Marín (Wenceslao), Librería, 5.
Noguera (Ramón), Pta. de los An-geles, 4.
Pérez Bufill (Agustín), Valen-cia, 247.
Presas (José), Rda. Universidad, 17.
Padrós (Jaime), Carret. Sanz, 54.
Pizá (Rafael), Pelayo, 44.
Parrizas (Melchor), Rda. Univer-sidad, 21.
Queraltó (Javier), Caspe, 54.
Roca (Salvador), Bruch, 114.
Subirá (Pablo), Puerta del An-gel, 12.
Sirvent (Ángel), Cjo. de Cien-to, 288.
Salvanz (José), Pelayo, 24.
Simón José M.^a), Aragón, 261.
Vidal (José), Montaner, 72.
Viusa (Salvador), Cortes, 622.

CARTAGENA

Vidal (José), Santa Florentina. 2.

GIJÓN

Barcina (Victor), Corrida, 87.
Balbuena (Feliz F.), San Bernar-do, 106.

Ayuntamiento de Madrid

LEÓN

Dr. Gumersindo Rosales, Calle Instituto

JAÉN

Dr. González Galán.

VALLADOLID

Alvarado (Emilio), Constitución.

ZARAGOZA

Echevarría (Miguel), Plaza Cons-titución, 1.
Palomar (Alejandro), Plaza del Pi-lar.
Lafuerza (Vicente), Coso, 75.

OPTICOS

MADRID

Núñez Francisco (Ángel), Carre-tas, 13.
Oliva José (Ángel), Príncipe, 19 y 21.
Prado R. (Ángel), Príncipe, 12.
Puyalte Ramón (Ángel), Plaza Ca-nalejas, 6.
Román (Marciano), Montera, 41.
Sierra (Hijos de), Mayor, 20.

BARCELONA

Buxó (J.), Obispo, 6.
Cosademunt (Federico), Rambla del Centro, 7.
Corrons (José), Rambla de Cana-letas, 4.
Dalmau Montero (J.), Ronda de la Universidad, 20.
Espon (Crispín), Escudillers, 70.
Fedón (H.), Rambla de San José, 8.
Font (Federico), Rambla del Tea-tro, 47.
Gonzénüller (Carlos), Pasaje del Crédito, 4.
Ganzes (J.), Plaza Santa Ana, 17.
Gómez (Francisco), San Pablo, 32.
Guarro (J.), Princesa, 12.
Grandes Almacenes de «El Siglo», Rbla de los Estudios, 4.
Justriló (A.), Carmen, 14.
Llunell (Narciso), Jaime 1.º N.º 14.
Marín (Roque), Archs, 5.
Olio Hermanos, Rbla. del Centro, 3.
Olio (José), Hospital, 9.
Pous (L.), Regomir, 6.

INSTITUCIONES

MADRID

Asilo de ciegos de Santa Catali-na, Pacifico, 73.
Asociación Nacional de Profesores de sordo-mudos, ciegos y anor-males, Palma, 30.

Casa de Luz y del Trabajo, Se-ñores de Luzón, 8.

Centro Instructivo y Protector de ciegos, San Bernardo, 68.

Colegio de Ciegos de Santa Catalina de los Donados, Vista Alegre, (Carabanchel).
Escuela Municipal de Ciegos, Pelayo, 30.
Escuela Municipal de Ciegos Magdalena, 1.
Esperanza y Fé, Piamonte, 2.
La Unión de Defensa y Protección Mutua de Ciegos, Limón, 7.
Instituto Nacional de Ciegos, Castellana, 69.
Patronato Nacional de Ciego, Castellana, 69.
Asilo de ciegos y protección para señoras y señoritos, S. Vicente, 51.

GRANADA

Centro Instructivo y Protector de Ciegos, Cuellar, 4.

GIJÓN

Asociación Louis Braille, Playa, 30.
Escuela Municipal de Ciegos, Corrales, 15.

BILBAO

Colegio de Sordo-mudos y Ciegos de Vizcaya, Deusto.

CORUÑA

Escuela gratuita de ciegos y niños pobres, Campo de la Leña, 8.

BARCELONA

Asilo Amparo de Santa Lucía para ciegos, Av. del Tibidabo.
Asilo de San Juan de Dios, Carretera Nueva. Los Iorts.
Escuela Municipal de Ciegos (Casa Juana) Valvidriera.
Sección de Ciegos de la Casa de Caridad, Montalepe, 5.
Real Asociación Española en favor de los Ciegos, Rosellón, 238.
Colegio de la Purísima Concepción para señoritas sorda-mudas y ciegas, Méndez Vigo, 10.

ción para señoritas sorda-mudas y ciegas, Méndez Vigo, 10.

VALENCIA

Instituto Valenciano de sordo-mudos y ciegos, Plaza de Bodía, 2.
La Protección de la honradez.

- VIGO

(GALICIA)

Asociación Instructiva Protectora de Ciegos.
Escuela Municipal de Ciegos.

ZARAGOZA

Colegio de Sordo-mudos y Ciegos, San Pablo, 14.
Centro Instructivo de Ciegos y semi ciegos, Miguel de Ara, 5 y 7.
Instituto de Hermanas Terciarias de la Inmaculada, Temple, 9.
Sección de Ciegos en el Hospicio provincial, Pinatelli.

ASOCIACIONES

ALICANTE

Escuela Provincial de Ciegos Gran Via, A.
Centro Instructivo y Protector de Ciegos, San Vicente, 3.

ALCOY

Centro Instructivo y Protector de Ciegos, San Nicolás, 134.

SANTIAGO

Colegio Regional de Sordo-mudos y Ciegos.

SAN SEBASTIAN

Colegio de Niñas Ciegas,

PALMA DE MALLORCA

Escuela Municipal de Ciegos, Huertos, 14.

CLÍNICAS

MADRID

Consultorio de Oftalmología del Asilo y Hospital del Niño Jesús. Avenida Menéndez y Pelayo.

Clinica Moderna de Oftalmología, Cava baja, 10.

Sanidad de cirugía, Orellana, 15-17
Higiene y apósitos, Cortaños, 15

MASAGISTA

Pedro Gonzalo Fernández, Abascal, 45 (Madrid)

BOLSA DEL TRABAJO

A los suscriptores ciegos de esta Revista, les insertaremos gratuitamente, todas cuantas ofertas y demandas de trabajo nos remitan, así como la venta o compra de aparatos para uso de los mismos, dirigiéndose para todo a esta publicación.

COMISIONISTAS

Remigio Boado, Tesoro, 22. (Madrid)

Manuel Blasco, Batería, 2. (Gijón)

AFINADORES

Wenceslao Lada, Salud, 8 y 10. (Madrid)

Poscual Quirós, Fuencarral, 74. (Madrid)

COPISTAS

Vicente Vices, Blasco de Caray (Madrid)

Autonio López, Santa Cruz del Retamar (Toledo).

COMPRAS

Pautas o regletas Braille de todas clases y tamaños.

ACADEMIA DE MAZAS Valverde, 22, (toda la casa) MADRID

PREPARATORIA PARA INGENIEROS Y ARQUITECTOS

Internado especial para 30 alumnos con la convivencia del propio Director

Don MARIANO DE MAZAS

Cursos breves de entrenamiento: Abril Mayo y Junio

Deseando esta antigua Academia ahorrar dinero a las familias y tiempo a los alumnos, abre estos «Cursos Breves de entrenamiento» a fin de que al comenzar el año académico en 1.º de Octubre, los preparandos sepan estudiar y un sólo curso baste a la mayoría de los muchachos estudiantes.

PÍDANSE REGLAMENTOS

Ayuntamiento de Madrid



:: Los mejores chocolates del mundo ::

Joaquín Orus :: ZARAGOZA

Servicios de la Compañía Trasatlántica

Línea de Cuba-Méjico.—Servicio mensual saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña, para Habana y Veracruz y de Habana para Coruña, Gijón y Santander.

Línea de Buenos Aires.—Servicio mensual saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y de Montevideo.

Línea de New-York, Cuba Méjico.—Servicio mensual saliendo de Barcelona, de Valencia de Málaga y de Cádiz, para New-York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana con escala en New-York.

Línea de Venezuela-Colombia.—Servicio mensual saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curacao, Puerto Cabello, La Guayra; Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

Línea de Fernando Póo.—Servicio mensual saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante, de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y Puertos de la costa occidental de Africa, Regreso de Fernando Póo, haciendo las escalas de Canarias y Península indicadas en el viaje de ida.

Además de los indicados servicios la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos Cantábrico a New-York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.—También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.—Las fechas de salida se anunciarán con la debida oportunidad.

¡Eureka!

El mejor calzado de España.
y el más barato en su clase.

11, Nicolás María Rivero, 11

Ofrecemos miles de pares con
el 25 al 50 por 100 de rebaja.

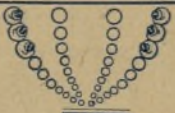
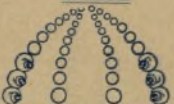
A los señores compradores de

JOYAS, MEDALLAS Y RELOJES

significamos la

JOYERIA DE Pérez Molina

Carrera de San Jerónimo, 29, Madrid



Ciego inútil que necesita mendigar para poder vivir



Ciego útil que trabaja y gana dignamente su vida

CASA DE LA LUZ Y DEL TRABAJO

INDUSTRIA :: COMERCIO :: ARTE :: ESTUDIOS

Señores de Luzón, 8.—Teléf. 2.001 M.—MADRID

Director-Propietario: Antonio Las Heras Hervás

Los ciegos no quieren mendigar, prefieren trabajar y ganarse dignamente su vida, pero no se les educa ni se les protege adecuadamente, y se ven forzados a tener que recurrir a pedir limosna para poder vivir. Usted puede ayudarles poderosamente a conseguir su anhelada rehabilitación utilizando sus servicios y comprándoles los artículos que hoy pueden hacer. Mediante la presentación de esta tarifa puede usted visitar gratuita y libremente los talleres de esta Casa, todos los jueves, de tres a siete de la tarde.

TARIFA DE PRECIOS

	Pesetas		Pesetas
Afinación de pianos	5,00	Escobones.....	0,50
Alpargatas, desde	1,75	Escobas finas	0,40
Toquillas y pelerinas de punto, desde.....	7,00	Idem corrientes.....	0,30
Jerseys y abriguitos de punto, desde.....	4,00	Escobillas de fogón.....	0,15
Vestidos de idem, desde.....	50,00	Zorros o sacudidores, desde.....	1,00
Bufandas de idem, desde.....	4,00	Asientos de enea, idem.....	1,50
Echarpes de idem, desde.....	10,00	Idem de regilla, desde.....	3,00

Esta Casa, no cuenta con donativos ni suscripciones particulares, viviendo sólo de su trabajo.